

Comentario al texto de Francisco Ezequiel Mosiewicki, **“La política de las emociones como combustible del accionar golpista: desencanto y frustración en un clima modernizador autoritario, Argentina 1965-1966”**.

Sandra Gayol (Universidad Nacional de General Sarmiento-CONICET)

La política siempre se entrelazó de manera diversa y cambiante con las emociones, aunque en los últimos años es más frecuente encontrar estudios que enfatizan, para nuestro presente, el poder de los estados de ánimo y los sentimientos colectivos en definir, incluso más allá de las estructuras jurídicas y normas institucionales, el curso de acción y la forma de una colectividad (González Ramos y Velazco Arias, 2023). Es menos habitual encontrar abordajes que desde la disciplina histórica, y en Argentina en particular, exploren bajo qué condiciones una emoción o una constelación emocional deja de experimentarse de manera aislada para ser compartida, -por ejemplo, por un grupo de personas, una organización, un partido político- y convocar a la acción política para transformar el statu quo, oponerse al cambio, concitar adhesiones. Aquí reside, precisamente, el interés del artículo de Francisco Ezequiel Mosiewicki pues incursiona en una coyuntura concreta, la Argentina en el bienio 1965-1966, y pone el foco en actores políticos que construyeron un “sentimiento de desencanto-frustración” con la democracia y con su capacidad de resolver los “inconvenientes y falencias políticas y económicas” (p.1). Con herramientas de la perspectiva de la historia de las emociones los últimos meses del gobierno de Arturo Illia, quien llegó a la presidencia de la Nación en 1963 mediante elecciones en las que estuvo proscripto el peronismo y el comunismo, tienen otro espesor. Pues, más que la gestión de gobierno *per se* del presidente Illia, el artículo muestra el involucramiento activo de actores políticos para generar un “clima emocional” contrario a la democracia como forma constitucional de gobierno y que terminó aglutinando voluntades que coadyuvaron a derrocar al presidente de turno e inaugurar un nuevo gobierno militar.

Este “clima emocional”, cuyo significado valdría la pena explicitar, se construye mediante una “política de las emociones”. Es decir, una maraña de voces usa a las emociones como recurso para convencer, persuadir, ganar apoyo para una determinada orientación u agrupación política (Frevert, 2013). El 28 de junio de 1966 esta “política de las emociones” se expresó en su forma más efectiva derrocando al presidente. El artículo de Mosiewicki reconstruye con eficacia este desenlace y pone el foco en la frustración y/o desencanto como la emoción “combustible” del accionar golpista.

El desencanto es una emoción política por excelencia y en la mayoría de los trabajos

sobre el presente aparece asociada con el desinterés o la apatía en participar en los asuntos públicos. A mediados de los '60 en Argentina el desencanto es con la democracia y, también importante, arroja a los desencantados a la participación política concreta. Esta participación, sugiere el artículo, no se canalizó mediante la representación política o la emergencia de nuevas instancias de la sociedad civil sino a través de un actor ya conocido como eran las Fuerzas Armadas. La originalidad historiográfica de este argumento invita a otras reflexiones que pueden contribuir a su fortaleza explicativa.

El vocabulario es excepcionalmente importante en la historia de las emociones pues las palabras tienen funciones comunicativas y las emociones buscan comunicar. También lo es en la comunicación política. Por ello merecería un desarrollo mayor la equiparación entre desencanto y frustración. ¿Estamos ante emociones equivalentes o podríamos pensar en un campo semántico en que también tenían lugar la decepción, la desilusión, el desengaño, la nostalgia? Con este campo semántico ¿es el desencanto el que trae consigo la falta de confianza, el desvanecimiento de las expectativas y una frustración desmedida que confluye en la acción? ¿El desencanto es expresión de la crisis, resultado de ella o ambas cosas? Mirado en perspectiva histórica el desencanto político con la democracia, depositado en actores políticos e instituciones, es un rasgo que casi acompañó la primera experiencia democrática argentina desde 1916. Sugiero al autor una perspectiva o referencia comparativa en un doble sentido: por un lado, con otros momentos de la política argentina del siglo XX. ¿Cuál es la especificidad de la coyuntura 1965-66 en relación -por ejemplo- con la de 1929-30 o la de 1962? Por otro lado, el artículo afirma que la frustración es una “emoción política propia de los argentinos en torno a la segunda mitad del siglo XX” (p.1). Estimo que es necesaria una explicitación mayor sobre las razones de esta excepcionalidad.

Un punto del artículo que me parece especialmente interesante es cómo emerge y reconstruye la figura pública y política de Onganía. El temible general, que como sabemos no trepidó el reprimir y matar a quienes desafiaron su poder cuando llegó a presidente, encarnó también un liderazgo carismático. ¿Qué papel jugaron las emociones en la construcción de la imagen pública del general? ¿Fueron las emociones, siguiendo a Frevert, parte de sus “técnicas del poder” y modelaron una, su, “política de las emociones”?

El análisis reposa en un trabajo minucioso de fuentes textuales y especialmente privilegia un conglomerado de publicaciones que han sido indicadas en numerosos trabajos como expresión del periodismo moderno de los años '60 y como actores claves en el despliegue de un discurso -escrito y visual- que contribuyó a edificar el desprestigio de la acción de gobierno del presidente Arturo Illia. Las y los lectores se beneficiarían de una

explicitación de los criterios de selección de estos textos por sobre otros del campo periodístico; también sumaría referencias a la materialidad de estos documentos - formatos, precio, tirada y público potencial al que estaban dirigidos-. ¿Es posible detectar diferencias entre las publicaciones analizadas en la semántica de las emociones cuya expresión comparten? Naturalmente que estas preguntas disparadas por el notable análisis de Francisco Ezequiel Mosiewicki son sólo algunas de un artículo muy coherente, bien argumentado y original.

Bibliografía:

Frevert, Ute, “La politique des sentiments aux XIX^e siècle”, *Revue d’histoire du XIX^e siècle*, N° 46, 2013, pp. 51-72.

González Ramos y Velazco Arias, *Atlas político de las emociones*, Madrid, Trotta, 2023